

*orígenes del arte musical en Chile* (Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1941). Entre los ejemplares de música latinoamericana se cuenta con las transcripciones efectuadas por Robert Stevenson de la primera ópera compuesta en el Nuevo Mundo, *La Púrpura de la Rosa*, música de Tomás de Torrejón y Velasco y texto de Pedro Calderón de la Barca (Lima, Perú, año 1976) y las numerosas composiciones, especialmente del barroco colonial latinoamericano, contenidas en *Latin American Colonial Music Anthology* (Washington D.C., año 1975); el libro de Lauro Ayestarán, *La música en el Uruguay* (Montevideo, Uruguay, 1953, vol 1.); y once volúmenes de música mexicana, publicados entre los años 1984-1987 por la Universidad Nacional Autónoma de México, que contienen una amplia gama de repertorio que abarca desde el período prehispánico hasta el siglo XX, entre otros.

Especial mención merece la donación de cerca de 250 obras coloniales que el profesor Claro decidió efectuar al Centro de Documentación del Instituto de Música. Ellas se encuentran en fotocopias, obtenidas de las fotos y microfilms que él tomara en diversos archivos y centros latinoamericanos en los cuales trabajó. La mayor parte de estas obras corresponden a la investigación que desarrollara, durante la década del sesenta, junto al musicólogo Robert Stevenson, gracias a un convenio establecido entre la Universidad de Chile y la Universidad de California. A lo anterior se suman 75 transcripciones de obras coloniales, realizadas de su puño y letra, contenidas en hojas y cuadernos encontrados por su esposa entre los documentos de su biblioteca.

El vasto material no nos permite dar cuenta de la totalidad de su contenido, pero estamos ciertos de que, una vez que éste se encuentre debidamente catalogado, será de invaluable

beneficio para los estudiosos que lo requieran.

Al finalizar estas líneas, quisiéramos recordar las palabras de agradecimiento que expresara el Vicedecano de la Facultad de Arquitectura y Bellas Artes, don Jaime Donoso, en la ceremonia de entrega: <<... para la familia Claro Swinburn, junto a nuestra gratitud, vaya la reflexión de que Samuel Claro Valdés, a través de su biblioteca, que ahora sólo cambia su primitivo espacio y lugar, sigue prolongando su vida en el intelecto de todos los que desde ahora tendrán la oportunidad de tener sus propios deslumbramientos. Los que ahora abran esas páginas, recibirán una parte de la vida de Samuel y la incorporarán a la suya propia. En una cadena infinita de azares -que desde luego, no son tales- uno puede imaginarse cuántos otros vendrán, para cuántos estos libros se abrirán. Frente a tan inescrutable y promisorio futuro, donde todavía queda tanto por despertar, parece muy poco decir 'gracias' >>

Carmen Peña F.

## Séptimo Festival: los frutos de la constancia

Como ha sido habitual en los últimos años, el Instituto de Música llevó a cabo el Séptimo Festival de Música Contemporánea Chilena. Entre el 16 y 19 de Noviembre de 1997 se realizaron cuatro conciertos: uno de referencia y tres dedicados exclusivamente a la música nacional.

Haciendo un balance comparativo con las anteriores versiones y en mi condición de coordinador general de estos festivales, puedo decir que esta séptima versión alcanzó una

madurez y un nivel que nos enorgullece sea como institución sea como músicos. En las tres áreas de la actividad musical: la creación, la interpretación y la audición se notó un importante salto cualitativo.

Respecto del público, pudimos constatar el alto interés que eventos de esta naturaleza despiertan en la gente la cual rebasó la capacidad del Aula Magna del Centro de Extensión de la Universidad Católica. Ya en el primer concierto, dedicado a obras de compositores extranjeros, y que se realizó en un horario muy poco habitual (a mediodía), asistieron alrededor de trescientas personas. En los días siguientes, este número fué en



aumento hasta alcanzar aproximadamente las quinientas personas. Pese a las incomodidades de espacio y ventilación que conspiraban contra un buen desarrollo de las interpretaciones, el público se mantuvo atento e interesado en cada una de las obras presentadas construyendo un silencio impresionante que permitía oír cada detalle de la música. Como consecuencia de esto, podríamos sostener que la música contemporánea parece permitir recuperar el sentido real de la audición musical. Esto es,

participar activamente con nuestra capacidad de libertad e imaginación de La Música: su composición, sus múltiples facetas, sus elementos relacionados, en fin, la obra en su plenitud.

Otra característica propia de estos Festivales es la realización, después de cada uno de los conciertos de música chilena, de un Foro abierto al público asistente con el fin de comentar y discutir diversos aspectos atinentes a la experiencia sonora de cada concierto. Es importante resaltar aquí, el interesante y necesario intercambio de puntos de vista que se produjo, en especial, aquellas ideas e inquietudes que surgieron desde la perspectiva del público auditor las que, contrastadas con las opiniones de los músicos y compositores presentes, abrieron nuevos caminos y estrategias para un mejor futuro de nuestra cultura musical.

Pasando revista al agente intermedio de la realización musical, el intérprete, también debemos destacar el alto nivel técnico y musicalidad de los músicos participantes en esta séptima versión del Festival. Sin que signifique un menosprecio por el resto de los músicos, nos permitiremos destacar algunas interpretaciones definitivamente sobresalientes en el contexto general que, insistimos, fué de un altísimo nivel.

En el primer concierto cabe mencionar el excelente trabajo y entrega de Hernán Muñoz, Adolfo Velázquez, Claudio Morales y Celso López quienes, constituidos en cuarteto de cuerdas interpretaron las *Bagatellen Op. 9* de Anton Webern. Cada gesto, cada figura aparecieron claramente recortados en un emotivo silencio que formaba parte integral de la obra y al cual, como ya lo dijimos, el público le dispuso toda su atención. Otra entrega notable correspondió al coro dirigido por José Quilapi. La calidad expresiva, la

afinación y el equilibrio sonoro de las voces lograron un importante impacto en el público presente. Debemos mencionar, además, a Isidro Rodríguez y Cecilia Carrére por la interpretación simple y relajada de los Duos para violines de Luciano Berio y en forma especial a Gastón Etchegoyen por su versión de algunas Sonatas e Interludios de John Cage para piano preparado.

En el segundo concierto, destacó la participación del Ensamble de Vientos de la U.C. Limpia y concisa fué la versión de las *Cuatro Estructuras* para Bronces de Fernando García. La interpretación de Alejandro Lavanderos logró construir el espacio para oír las sutilezas sonoras de Alf para flauta sola de Boris Alvarado. Finalmente, el conjunto completo presentó con soltura y naturalidad la extensa obra de Edward Brown, llena de citas musicales y solos instrumentales.

El tercer concierto estuvo marcado por la participación de un nuevo cuarteto de cuerdas chileno: el Cuarteto SUR. Integrado por Juan Sebastián Leiva, Marisol Infante, Claudio Gutierrez y Alejandro Tagle, este grupo aparece ocupando un sitio muy importante para el futuro desarrollo de la música en Chile. Su dedicación especial a la música chilena contemporánea y su excelente trabajo demostrado en este Festival abre esperanzas para que Chile cuente nuevamente, siguiendo el camino de los ya desaparecidos Cuarteto Santiago, Cuarteto Chile y Cuarteto Latinoamericano, con una agrupación de cámara dedicada al importante género del cuarteto de cuerdas. Dos obras presentó el Cuarteto Sur: de Carlos Botto su reciente *Tres Caracteres* y de Aliocha Solovera su *Ciclo* en un movimiento. Ambas interpretaciones lograron la atención y positiva recepción del público asistente.

El último concierto se destacó por la participación de solistas. El primero de ellos

fué Miguel Villafruela, saxofonista cubano avencidado en nuestro país, quien se constituye en un valioso aporte a la música contemporánea. Su virtuosismo y las diferentes facetas del instrumento se manifestaron en plenitud en las *Seis Estudiantinas, Serie S.2* para saxo solo de Gabriel Matthey. Por otra parte, Isidro Rodríguez tuvo una brillante participación en la interpretación de *Solitario IV* de Alejandro Guarello, obra difícil y extensa para violín solo. Mención especial merece el trabajo de Miguel Angel Jiménez en la interpretación de la obra de Iris Sangüesa *Mentaciones-Standard* para piano solo cuya escritura repetitiva y envolvente requería una ejecución concentrada y tranquila, cosa que fué plenamente lograda por el pianista. Finalmente, el Festival se cerró con la interpretación de *Dishona* de Leni Alexander bajo la cuidada y precisa dirección de Aliocha Solovera quien logró mantener la unidad de una obra, preferentemente escrita a trazos, donde el único elemento cohesionador era la voz de la contralto Soledad Díaz, de excelente desempeño, a la cual se le sumaban esporádicamente el resto del sexteto instrumental.

Por último, nos referiremos a la creación musical misma observada en este Festival. Pese a no considerar, para la elaboración de estos programas, el que las obras constituyeran necesariamente estrenos absolutos, se recibió una gran cantidad de éstas que presentaron tal condición. Las obras de Boris Alvarado, Fernando García, Carlos Botto, Iris Sangüesa, Aliocha Solovera, Pablo Aranda, Jorge Springinsfeld, Gabriel Matthey, Rodrigo Cádiz y Leni Alexander fueron ejecutadas en primera audición. Este punto tiene especial relevancia ya que dá cuenta de la gran cantidad de creación musical que hay en Chile, considerando que en esta programación han quedado fuera numerosos otros compositores, de diversas generaciones y que por razones de producción del Festival deberán esperar

una nueva ocasión. A la enumeración anterior debemos agregar el Concierto de Referencia que permitió oír por primera vez en Chile las obras de Cage, Schoenberg, Berio, Graugard, Manzoni y Dragstra. En este sentido, el Festival cumplió cabalmente con uno de sus principales objetivos cual es generar y mantener un espacio activo para la música contemporánea.

Entre las obras presentadas, nos gustaría destacar algunas de ellas que, a mi parecer, son reveladoras en el ámbito musical chileno dejando la libertad de juicio respecto a la calidad de las obras a cada uno de los auditores presentes en cada ocasión.

En primer lugar, la obra *Trío* del joven Rodrigo Cádiz nos permite prever un auspicioso futuro de la composición musical en Chile. Sin poder clasificar estilísticamente su trabajo -lo que puede constituir un mérito *per se* -, éste da cuenta de una clara vocación y capacidad. Redacción simple, tripartita, que mantiene la atención del auditor, pese al lento y prolongado solo de violín en el centro de la obra, a través del equilibrado juego rítmico de los tres instrumentos de cuerdas.

Otra composición relevante en el contexto del Festival fué *Septeto* de Hernán Ramírez. Pese a ser compuesta en 1975, esta obra nos presenta un claro ejemplo del estilo y escritura aleatoria, propia de los años sesenta, que marca la mayoría de las obras de este compositor. El *Septeto*, dividido en tres movimientos, abre la posibilidad a la libre improvisación de los ejecutantes controlada por la labor del director quien establece las duraciones de cada segmento. Esta obra permite al intérprete abordar una práctica que, en la música clásica tradicional, le está vedada. Esto es, la improvisación. En este caso, la obra facilita la relación creativa del compositor con la del intérprete quien accede con cierta facilidad a la escritura en tetragrama (por registros) para las alturas y el uso de notación tradicional para

las duraciones y otros parámetros sonoros.

Las *Cuatro Estructuras* (1997) de Fernando García nos propuso un modo diverso de abordar los instrumentos de bronce. Esta obra rompe con la persistente influencia del orfeón o banda que encontramos con facilidad en otras obras chilenas para este género instrumental. Aquí, la fragmentación, el uso del color y la energía que se despliega hacen de esta composición un importante aporte a la literatura musical chilena.

*Ciclo* (1997) de Aliocha Solovera para cuarteto de cuerdas es una obra que logra un conjunto de sonoridades nuevas sin recurrir a una escritura rebuscada o efectista. La redacción es nítida, siguiendo la tradición del cuarteto de cuerdas, con los roles equilibradamente asignados y una excelente aplicación del contrapunto. Todo es audible, transparente. Tal vez, y por el interés creado en el auditor, resultó un poco breve. Su disolución sonora final, en el agudo solo de violín, si bien cierra este "ciclo" crea a su vez una expectativa de una nueva sección, movimiento o parte. El mérito de esta obra radica en haber logrado tal claridad y expresividad sin recurrir nada más que a la correcta redacción y composición de sus elementos.

Finalmente, debemos destacar, una vez más, la activa participación del público, la excelente entrega de los intérpretes y el gran nivel de las obras presentadas en este Séptimo Festival que, con unos meses de atraso, se adhirió a la celebración del 60º cumpleaños de nuestro queridísimo maestro Cirilo Vila, quien ha sido -sea como profesor, sea como músico intérprete- un estímulo, un faro y un gran amigo de la mayoría, por no decir de todos los compositores chilenos presentes en este Festival.

Alejandro Guarello

